

Ficciones

Sobre la marcha

► José Agustín Goytisolo

MARCHAR, que parece verbo tomado del francés marcher, pisar el suelo o avanzar, viene en realidad del germánico markon, dejar huella. Marchar y marcha aparecieron en castellano a principios del XVI, con claro carácter militar. Quizá por esto hizo fortuna aquí, dado como ha sido nuestro país a guerras, pronunciamientos y guerrillas.

El doctor Pedro de Salazar, al emplear en aquellos tiempos las palabras marchar y marcha, apostilló que pertenecían a la jerga soldadesca. O sea que la primera marcha que nos dieron fue una marcha militar. A pie, a caballo, o empleando otros medios de transporte, marcha significa aún una jornada recorrida por la tropa. La música, si es que así se le puede llamar a la ronca corneta y al oscuro tambor, marca un ritmo para animar a los soldados. De ahí pasó el tal ritmo, más sofisticado, claro, a ser una pieza musical. Se llegó incluso a sublimarla, y el insensato Mendelsson produjo la Marcha Nupcial, que ha orquestado en estos ciento y pico de años a un escalofriante número de fracasos nupciales. Vaya que sí.

Así es que ya estábamos preparados. ¿Cómo no había de cuajar en nuestra tierra la marcha atlética? Principios duros, eso sí, puesto que el meneo de los glúteos y caderas a que obliga la regla de esta prueba de mantener al menos parte de un pie en el suelo, y que sirve también para alargar el paso, no eran bien vistos por la ciudadanía, pues les parecía, absurdamente, que era una mariconada.

He escrito esto recordando el día que mi abuela me llevó al recién estrenado parque de Montjuic. Un grupo de atletas pasó ante nosotros, supongo que entrenándose, con la mirada como perdida en la lejanía, moviendo las caderas y los glúteos con afanoso ardor, metidos en una especie de calzoncillos de los de antes, es decir, hasta más abajo de las rodillas. Yo me quedé perplejo, pero a mi abuela tal visión le pareció un escándalo: "¿Cómo se atreverán? Si les pilla algún guardia..."

La marcha atlética no se introdujo en los Juegos Olímpicos hasta la IV Olimpiada de los tiempos modernos, y no como prueba de fondo: en Londres se corrió en la distancia ridícula de cuatro kilómetros. Pero desde 1908 hasta hoy, el recorrido fue alargándose, y a partir de los Juegos de Roma, en 1960, la marcha atlética se corre en dos distancias: la de 20 kilómetros, a veces en pista, y la de 50 kilómetros, en circuito urbano pero con llegada al estadio, como el maratón.

El auge de la marcha comenzó en Cataluña, en los pueblos cercanos a Barcelona, en el delta del Llobregat. Nunca he podido saber por qué precisamente ahí,

pero algo parecido ocurrió con el fútbol, la natación, el baloncesto, el hockey sobre patines, y no digo más, pues parecerá que le hago la competencia a Jordi Pujol ensalzando glorias catalanas, y no quiero que se confundan, por favor, pues el Muy

Honorble podría molestarse y yo también.

El gran salto en la marcha atlética lo dieron Jordi Llopert y José Marín, al principio casi sin ayuda de la Federación de Atletismo. Han sido grandes triunfa-

dores en campeonatos europeos, competiciones internacionales y en Juegos Olímpicos.

Ahora sus sucesores y sucesoras son muchos, y esta modalidad va a más, está acaparando títulos, y la actual federación se cuida de ellos: hasta paga su estancia en las Cañadas del Teide para que se entrenen y se oxigenen. Y me parece muy bien.

Las y los marchadores se deben entrenar continuamente: es posible que por ellos se consiga alguna medalla olímpica. Se la merecerían, pues se dejan la piel en sus carreras tanto o más que los corredores del maratón. Me va la marcha. Me refiero a la atlética, como ustedes sin duda han entendido.

